Te espero
en el
cementerio
Manuel L. Alonso

LITERATURASM•COM

Primera edición: octubre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© Manuel Alonso, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9057-9
Depósito legal: M-27331-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

De los interminables inviernos de mi infancia y adolescencia, cuyas jornadas comenzaba con la caminata hacia el colegio sorteando o pisando charcos de hielo, guardo entre otros un recuerdo especial. Se refiere a las películas de miedo que a veces proyectaban en el cine de mi barrio.

Aunque casi siempre la entrada solo estaba permitida a los mayores de dieciséis o de dieciocho, no me perdí ninguna de aquellas películas desde que tenía catorce.

Acudía a la última sesión, lo que significaba volver a casa por calles solitarias azotadas por el viento. La casa, construida hacia principios del siglo veinte, era de dos plantas. Mi familia y yo ocupábamos la de arriba. Había un portal enorme y unas largas escaleras hasta nuestro piso. Allí me quedaba largo rato, sentado en la oscuridad, a mitad de la escalera, repasando mentalmente las imágenes más terroríficas de la película que acababa de ver. Permanecía allí hasta que un estremecimiento me hacía subir a toda prisa.

Aquellas películas, y los autores que habían escrito cuentos de miedo –Poe, Maupassant, James, Bierce y otros–, me llevaron a escribir mis propios relatos. El primero que publiqué, en una revista internacional, fue presentado por los editores como «muy espeluznante».

Muchos años después, sigo disfrutando con las buenas historias de terror, las que por un momento me hacen sentir que estoy sentado en la oscuridad a mitad de la escalera, mientras el viento silba.

M. L. A.

MALEFICIO

I

–Estamos en el fin del mundo –dijo Samuel–. Ahora saldrán unos zombis de entre la niebla y se liarán a mordiscos con nosotros.

Su madre le miró de reojo con mala cara, sin dejar de prestar atención a la estrecha carretera. Apenas había casas a la vista, solo alguna que otra forma imprecisa que surgía de pronto a un lado y enseguida desaparecía de nuevo. Ni un solo coche.

–No me gusta que digas cosas así, Samuel. Son morbosas.

La madre era joven para tener un hijo de catorce o quince años. No solía carecer de sentido del humor, pero aquel día estaba nerviosa. Los dos iban a empezar una nueva vida en un lugar que no conocían.

–Supongo que ya estamos muy cerca. ¿Crees que encontraremos la casa? –preguntó la madre, solo por hablar.

Habían alquilado la casa a través del correo electrónico y el teléfono, y confiaban en que la propietaria, a quien no conocían en persona, los estuviese esperando a pesar de que llegaban con retraso.

Samuel señaló la silueta, entre la niebla, de una fábrica abandonada que les habían indicado como referencia. A partir de allí había un camino mal asfaltado que tenía que ser el que buscaban.

Recorrieron los últimos metros en silencio, demasiado tensos hasta para hablar. Samuel sabía cómo se sentía su madre. A veces, entre madre e hijo hay una especie de telepatía, acaso más fuerte si pasan mucho tiempo solos.

–¡Ahí! –exclamó Samuel.

Era una casa blanca de una sola planta alargada. Leyeron en voz alta el nombre: Villa del Río. No habían visto ningún río, así que Samuel supuso que pasaría por detrás de la casa.

Al bajar del coche vieron las borrosas siluetas de las montañas blancas de nieve, mucho más próximas de lo que esperaban. La niebla empezaba a disiparse y se había congelado en pequeñas perlas que adornaban las ramas peladas de los árboles, las plantas, la negra verja.

Un instante después de llamar al timbre, se abrió la puerta y la dueña de la casa los saludó con una larga mirada inquisitiva.

Resultaba difícil precisar su edad o su color de pelo, de un tono muy poco natural. Sabían que se llamaba Piedad y que ocupaba un cargo en el ayuntamiento del pueblo cercano.

–¿Os ha sido difícil encontrar la casa? Ahora está fría, claro, después de un tiempo deshabitada. Pero pasad.

En la penumbra del vestíbulo, Samuel se encontró con un chico alto de grandes ojos sorprendidos. Tardó casi un par de segundos en comprender que solo era un espejo de cuerpo entero, y se avergonzó del respingo que tal vez las dos mujeres habrían advertido.

Estaba en una de esas etapas en que se experimentan cambios demasiado rápidos y a veces se siente el propio cuerpo como una cosa ajena. Aquella noche había tenido una pesadilla en la que se le caían todos los dientes y el pelo. Y al cabo de pocos días, tendría que empezar en un instituto nuevo donde algún imbécil insistiría en ponerle a prueba o desafiarle.

Después de las clases iba a tener que pasar mucho tiempo solo. Su madre iba a hacer jornada doble en la biblioteca del pueblo hasta que volviese la otra bibliotecaria, que había tomado vacaciones.

Recorrieron la casa, que estaba helada. Había algo en la atmósfera que no era simplemente olor a cerrado, pero a Samuel le resultó imposible identificarlo.

No estaba seguro de que le gustase aquella casa, ni cambiar la ciudad por un pueblo pequeño. Recordó que aquel día era cinco de enero, víspera de Reyes, y que no tendría más regalos que el que le hiciese su madre. Apenas tenían contacto con la familia, y su padre estaba en el extranjero.

Piedad hizo algún comentario sobre lo mayor que parecía él y lo joven que se veía a su madre. Tenía una sonrisa profesional, al parecer aprendida en el ejercicio de la política, que aparecía de pronto y se borraba sin dejar rastro. *Más falsa que un billete de nueve euros*, pensó Samuel.

Por fin se marchó, después de entregarles las llaves y concretar algunos detalles domésticos, y pudieron descargar el equipaje. Solo ropa y enseres personales, porque la casa estaba amueblada.

La madre tuvo uno de aquellos impulsos de afecto que a Samuel en el fondo le gustaban, aunque gruñía para hacerse el duro: le abrió los brazos sonriente.

–Ya que nadie nos ha dado la bienvenida, te la daré yo, Samuel. Bienvenido...

–... a la tumba –completó él, que ya sabía en qué le hacían pensar el frío y el olor de la casa.

* * *

Tan pronto como estuvieron adjudicados los dormitorios de cada cual, Samuel salió a dar una vuelta rodeando la casa.

Por la parte delantera se alcanzaba a ver un panorama de tejados del pueblo. Por detrás se extendían los campos y huertos, atravesados por carreteras de las que llegaba el apagado sonido de los coches, semejante al gruñido de una bestia.

La puerta de la cocina daba a una gran terraza, y bajando unas escaleras había un huerto abandonado y lleno de malas hierbas. Al otro lado de la tapia discurría un riachuelo con aguas procedentes de la nieve de las cumbres.

A mediodía hicieron un alto en la tarea de limpiar y tomaron una comida sencilla con provisiones que habían llevado. Después salieron a recorrer el pueblo, que distaba menos de diez minutos a pie.

El instituto y el edificio de la biblioteca, ambos cerrados, disfrutaban de vistas a la extensa vega. La madre confesó que estaba impaciente por comenzar su trabajo al lunes siguiente. Samuel aseguró que él no tenía ninguna prisa por empezar a ir al instituto. Hicieron algunas compras y volvieron a la casa antes del atardecer.

Samuel tomó posesión de su cuarto repartiendo sus cosas por muebles que tenían una pátina de muchos años. Escondió los objetos más feos: un par de cuadros, una lámpara que simulaba una vela con gotas de cera cayendo hacia la base, las cortinas que parecían tener polvo y ácaros del siglo anterior...

La ventana era lo que más le gustaba de la habitación. Daba a la terraza y desde ella se veían el huerto y el amplio panorama más allá de la tapia. En primer término asomaba algo que le recordó las películas de terror: las ramas peladas de una higuera que se alargaban hasta casi arañar el cristal.

* * *

Por la noche, Samuel se ofreció para tirar la basura a un contenedor.

El camino estaba poco iluminado, y las únicas casas a la vista no parecían habitadas. Había un cielo claro, típico de las noches más frías, en el que aún no era visible la luna. Para alguien que había vivido toda su vida en una ciudad, como él, el silencio resultaba casi inquietante.

El contenedor que halló al fin estaba en una zona especialmente oscura. En el instante en que apoyaba el pie en la barra metálica para abrirlo, una sombra más negra que las demás surgió como si hubiera estado acechando su llegada.

Retrocedió aun antes de darse cuenta de que era un perro de aspecto feroz. Nunca le habían dado miedo los perros, ni de pequeño, pero aquel gruñía mostrando los colmillos y parecía dispuesto a atacarle. Pensó en echar a correr, pero sabía que eso era lo peor que podía hacer y se obligó a aguantar inmóvil.

Se preguntaba cómo se defendería si el animal se le echaba encima. Trataba de no sentir miedo, porque estaba convencido de que el perro lo notaría. Empezó a agacharse para coger una piedra con la que poder golpearle, y los gruñidos se hicieron más intensos. Se irguió y comenzó a retroceder poco a poco sin dar la espalda al animal.

El perro, que tal vez había encontrado unos huesos u otra cosa comestible al pie del contenedor, parecía reacio a moverse de allí. Samuel aceleró el paso y llegó a casa a salvo, aunque con una sensación en la espina dorsal semejante a un dedo frío que la recorriera.

No le contó nada a su madre.

Más tarde, se repartieron las mantas al ir a acostarse. La temperatura bajaba muy rápido. Lo único que funcionaba era

una estufa que ni la madre ni él consideraban prudente dejar encendida durante la noche. Se tapó cabeza y todo, tiritando, y gracias al cansancio se durmió enseguida.

* * *

Muy temprano, le despertó un sonido que no supo identificar a pesar de que trató de hacerlo aun antes de abrir los ojos. Descartó que se tratase del río: su caudal era demasiado escaso. Luego pensó en la piscina que había visto en la casa más próxima, con dos palmos de agua de un marrón verdoso y llena de hojas muertas, al borde de la congelación. Le parecía improbable que en pleno invierno algún sapo croase allí. *Un monstruo*, pensó.

Miró a través del cristal y por primera vez se fijó en una elevación del terreno en la que no había reparado el día anterior. Parecía artificial, aunque no alcanzaba a distinguir de qué materia estaba compuesta. Tenía la impresión de que el ruido había llegado desde allí.

Indeciso entre tratar de volver a dormirse o hacer el esfuerzo de levantarse, permaneció con la vista fija en aquel punto durante un buen rato, mientras el color lívido del cielo se iba aclarando. Aquella mañana apenas había niebla.

Entonces la vio. Una figura caminaba despacio, al otro lado del río. Iba muy abrigada, con una prenda con capucha. Estaba demasiado lejos para verle la cara. Era una chica de su edad.

Caminaba solitaria, despacio, lo que era extraño con un tiempo tan frío. De pronto, miró hacia la ventana de Samuel y él tuvo la certeza de que aquella mirada podía, a pesar de la distancia, ver cada detalle de su rostro. No pudo evitar un escalofrío.